



## Ponente<sup>1</sup>

**AGUSTÍN DOMINGO MORATALLA**  
Catedrático de Filosofía Moral y Política,  
Universidad de Valencia

Muy bien, muchas gracias, María Fernanda. En primer lugar quiero dar las gracias a los organizadores del Congreso Católicos y Vida Pública por invitarme un año más, y a María Fernanda por haberse puesto en contacto con nosotros para que podamos desarrollar con cierta coherencia nuestras ideas.

En primer lugar yo quiero agradecer a los organizadores del Congreso que hayan permitido que Juan María Laboa y yo coincidamos en una mesa como esta, porque, por si no lo saben, llevamos 35 años trabajando en esto de los católicos en la vida pública. Cuando yo empecé los estudios de filosofía, él, que llevaba la pastoral universitaria, publicó una revista que era *Ecos Universitarios*, y mis pasiones por la presencia pública de los católicos en la vida se deben a aquellos años en los que él estaba de responsable de pastoral universitaria.

Luego más tarde, cuando y terminé la carrera, ya estaba con la tesis doctoral, yo le ayudé bastante, y gracias a su mentoría, que diríamos hoy, empecé a trabajar y a profundizar en lo que es católicos y vida pública, porque aunque hoy está claro que es un Congreso que se ha consolidado aquí dentro de la Universidad San Pablo CEU, es importante saber que hubo iniciativas durante la Transición y después de la Transición, donde nos preguntamos cuál era el papel de los católicos en la vida pública, si tendría que haber un partido democristiano, si no tendría que haber un partido democristiano, cuál era el futuro de los democristianos dentro de la política, y entonces estábamos un grupo de personas, yo entonces con 20 años, y aprendí mucho de él y de todos los que estaban con él. Quiero agradecer públicamente el que él hubiera confiando entonces en mí para poder empezar en este tipo de cuestiones, y públicamente le doy las gracias, y sobre todo a los organizadores, porque yo no sé si había algún tipo de intencionalidad –está por ahí Rafael Ortega– perversa para recibir el testigo, pero es importante.

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

Voy a sintetizar mi intervención en cinco puntos. Juan Mari ha hablado de diez puntos, yo me voy a limitar a cinco, porque también quiero que participen ustedes o formulen preguntas, o a raíz de las cuestiones que él ha planteado, poder desarrollar.

En primer lugar quiero partir de una idea que a veces no tenemos clara, y es qué papel desempeña la Doctrina Social de la Iglesia dentro de nuestra vida pública. La doctrina social de la Iglesia no es un conjunto de recetas, no es un recetario que se pueda aplicar de forma directa, de tal forma que si yo cojo la *Evangelii gaudium*, la *Laudato si* o algún texto, puedo aplicarlo directamente a la realidad en la que me encuentre. En este sentido, es muy importante la trilogía de ver, juzgar y actuar, y darnos cuenta de que la Doctrina Social de la Iglesia es un instrumento, es una herramienta para que nuestro juicio acuda a las fuentes de nuestra fe, de tal forma que no evita nuestra responsabilidad, no elude nuestra responsabilidad, sino que en realidad es un horizonte abierto, en el cual nosotros vamos a tener que decidir. La decisión no la tiene la Doctrina Social de la Iglesia, y por lo tanto, la decisión está en manos de todos y cada uno cuando en un partido, en un ayuntamiento, en una asociación, en un sindicato, somos los que tenemos que decidir. Es decir, no tiene sentido trasladar automáticamente lo que aparece en la Doctrina Social de la Iglesia al contexto o la situación. Hace falta, y aquí hay una palabra fundamental, y quiero insistir en ella, un ejercicio de discernimiento.

Por lo tanto, cuando nos preguntamos: ¿hay que estar en un partido político? ¿Hay que estar en un sindicato?, una cosa es lo que diga la Doctrina Social de la Iglesia y otra cosa es el discernimiento que se nos pide a cada uno de nosotros individualmente, como organización. Entonces, no utilicemos la Doctrina Social de la Iglesia en clave, podríamos decir, instrumental o técnica. A veces lo digo y vuelvo a repetirlo, no hay en la vida de la Iglesia una línea 900 a que llamar en casos de duda. No hay un correo electrónico las 24 horas al día, 365 días al año. Por lo tanto, la soledad a la hora de discernir, a la hora de ampliar, es fundamental, y el riesgo a la hora de tomar decisiones es más importante todavía. Por lo tanto, es importante no estar solo, tener buen equipo y trabajar con otros en comunidad, en equipo, en asociación, y podríamos decir en grupo.

Hoy, cuando hablamos de la Doctrina Social de la Iglesia, hay dos peligros fundamentales. Por un lado el activismo, y por otro lado el espiritualismo. Creo que es importante recordar que ni el espiritualismo ni el activismo son la solución. Cuando uno ve a los que quieren llevar el planteamiento del papa Francisco inmediatamente a la práctica, y creen que la *Laudato si* o que la *Evangelii gaudium* son textos que van a pasar a formar parte de Naciones

Unidas, cuando en París se discutan las conversaciones del cambio climático, pues están realmente equivocados. El activismo no es propio del católico, si se quiere tomar en serio su militancia, pero tampoco lo que podríamos llamar el refugio en el *coaching* espiritual. Hay hoy una fiebre de huir del mundo, perderse del mundo a través de nuevas técnicas, a través de nuevos recursos psicológicos y espirituales y, por lo tanto, creo que es muy importante marcar distancias con lo que llamamos el puro activismo y el puro espiritualismo del, perdonen la expresión, lo que llamaríamos el mantener nuestro compromiso y nuestra militancia en el nivel del *coaching* espiritual.

Segunda idea: creo que, hoy al menos, la Iglesia en España no es un peligro para la democracia, sino una ocasión para fortalecer la democracia. Esto no siempre está claro, pero quienes llevamos muchos años planteando las cuestiones de pertenencia y participación en la vida pública, hoy la fortaleza, la cohesión, lo que podríamos llamar la solidaridad y la fortaleza del vínculo social en la vida española no se debe tanto a la fortaleza de los sindicatos, de los partidos, cuanto al silencio y al trabajo día a día que se hace en las parroquias, en las diócesis, en Cáritas. Es decir, hoy, la fortaleza del tejido social, de los vínculos comunitarios, deben mucho a un modo de entender la Iglesia que no es un modo, podríamos decir, de repliegue al intra, sino como un gran hospital de campaña que está atendiendo a los más necesitados. Probablemente eso signifique estar menos presente en los partidos, menos presente en los sindicatos, menos presente en los bancos, pero a nivel de credibilidad social, cualquiera que haga un análisis de las fortalezas y debilidades de la sociedad española tiene que reconocer la presencia, el valor de un catolicismo que no es el de los años 50 o 60, pero es un catolicismo nuevo con el cual hay que contar. En este sentido, yo creo que la Iglesia no es un peligro para la democracia, sino que es una garantía. Aquí, a veces, en esta garantía, nos creemos que lo nuestro son unos máximos morales, y nos olvidamos los mínimos. No voy a entrar en lo que es la tensión entre mínimos y máximos, pero es importante darnos cuenta de que la ética con la que tenemos que trabajar no es sólo la ética de máximos, una ética de felicidad, una ética que invita a lo que podríamos llamar propuestas de vida buena, sino que, en realidad, si queremos tomarnos en serio nuestra participación en nuestra militancia política, tenemos que hacer el esfuerzo de jugar también con éticas de mínimos. La tensión entre mínimos y máximos es fundamental. Probablemente otras tradiciones, otras confesiones religiosas y otros ciudadanos que no tengan fuentes de fe en su militancia, no tienen que hacer ese ejercicio. Por lo tanto, la conciencia del cristiano en la vida pública no es sólo la conciencia del que quiere evangelizar; hoy la evangelización supone comprometerse con el

pluralismo, articular el pluralismo, fortalecer el pluralismo. ¿Por qué? Pues porque tenemos el riesgo de que desaparezca el valor del pluralismo dentro de la Constitución, que desaparezcan determinado tipo de valores que están en la Constitución y, por lo tanto, es clave ese horizonte constitucional que apareció en el 78, porque si en algún momento se repiensa y se replantea la Constitución Española y se replantea en clave de cuestionar de arriba abajo el horizonte constitucional, el trabajo y la tarea que tenemos pendiente es más de la que nosotros nos imaginamos. Y en esa tarea no podemos ponernos el sombrero o la perspectiva única y exclusivamente evangelizadora de los máximos, sino la fuerza y la fortaleza de buscar lo que llamaríamos ese pluralismo, esos mínimos liberales, esa virtud liberal donde no se contraponen lo que podríamos llamar la vida comunitaria con el ejercicio de la virtud liberal.

Creo que es importante recuperar en este contexto la pretensión por la fundamentación ética de la democracia. Cuando digo fundamentación ética de la democracia, a mis alumnos siempre les comento la misma anécdota. Nadie de los que están en la sala o de los que nos oyen cuando hablamos de fundamentación se sorprende si hablamos de Arguiñano. Arguiñano hace cocina con fundamento, y nadie dice que Arguiñano sea fundamentalista. Sin embargo, cuando nosotros hablamos de fundamentos de la vida moral, y cuando acudimos a las fuentes evangélicas o a la Doctrina Social de la Iglesia, se nos dice que somos fundamentalistas. Pues bien, el buscar un fundamento de fe, el buscar un fundamento en las confesiones religiosas no tiene nada que ver con el fundamentalismo, todo lo contrario. En realidad la memoria de la Iglesia, la memoria de lo que podríamos llamar el compromiso de los católicos en la vida pública es una memoria de fundamento, de seriedad, de rigor, pero no tiene nada que ver ni con el dogmatismo, ni con la imposición siempre y cuando, repito, estemos en el horizonte del Vaticano II y hagamos memoria de la [ininteligible] de la Iglesia.

Aquí no tenemos que olvidar que el contexto cultural; el contexto intelectual en el que nos movemos es un contexto intelectual y cultural de lo que llamamos “postmetafísica”, “postmodernidad”, “postmoralidad”, de tal forma que nuestros compañeros, es decir, la academia en general, habla de una democracia sin fundamento, como si para poder fortalecer los valores de la democracia hubiera que olvidarse de los fundamentos y dejarlos en la vida privada. Creo que eso es un error, un error intelectual, porque cuando expulsamos los fundamentos por la puerta, se nos vuelven a colar por la ventana. ¿Cómo vamos a abordar el problema de los refugiados si nos olvidamos de las tradiciones religiosas de las confesiones religiosas y demás? Creo que no podemos ser verdaderamente solidarios con aquellos que vienen de fuera de

nuestro país y de nuestras fronteras si no conocemos el Islam, si no conocemos la tradición de la cual formamos parte, y si no conocemos los valores nuestros. Por lo tanto, creo que el intentar movernos en un horizonte postmoral, postmetafísico, es un poco absurdo, por no decir falso desde el punto de vista intelectual. En este sentido, la recuperación de la pregunta por las fuentes de nuestra fe, la fundamentación de nuestra fe y nuestro compromiso político, es una fundamentación que no se sitúa en el horizonte postmoral o postmetafísico, sino que busca rehacer y reconstruir la razón, y ensanchar el horizonte de la metafísica, de la racionalidad desde otro horizonte. Sobre eso podemos hablar luego en las preguntas, y en este contexto, cuando hoy participamos en la vida pública o estamos en un partido o en un sindicato, de lo que tenemos que darnos cuenta es de que hoy el árbitro no lo ponemos nosotros, y no jugamos en nuestro campo. Probablemente cuando con Juan Mari Laboa estábamos discutiendo sobre el papel de los católicos en la vida pública, sin un partido católico, la democracia cristiana para arriba, para abajo y demás, pues todavía había, por lo menos, si no el árbitro, el linier, y el campo todavía... No, hoy ya ni hay árbitro, ni hay linier, ni jugamos en casa. Entonces, es importante darnos cuenta de que si queremos hacer buen juego las reglas tienen que ser algo que nos preocupe. Queremos juego limpio y, por lo tanto, el hecho de queramos juego limpio, que haya reglas claras, no quiere decir que tengamos que poner el árbitro.

En tercer lugar, creo que es importante y es clave darnos cuenta de que la riqueza... María Fernanda, cuando estábamos preparando esta intervención, nos pasó una serie de preguntas, y una de las preguntas nos decía: el enriquecimiento, el bienestar, el hecho de que la gente tuviera más dinero, ¿si fuéramos más ricos significaba que tuviéramos menos fe? Yo creo que esa es una lectura excesivamente simple de lo que llamaríamos la secularización y la modernidad. Los procesos de modernización y los procesos de secularización en realidad no anulan el ansia de infinito y la fragilidad del ser humano. Por lo tanto, tenemos que darnos cuenta de que en sociedades del bienestar, en sociedades de la abundancia, la religión sigue siendo un elemento estructural nuestra fe y las necesidades de consuelo, ayuda y misericordia siguen siendo fundamentales. ¿Qué es lo que está claro? Pues que tenemos que rehacer el discurso porque tenemos que adaptarnos a ese horizonte de secularidad, de modernización, donde nuestra propuesta no es una propuesta de consumo, no es una propuesta de abundancia, sino que es una propuesta de compromiso donde el bienestar no es nuestro horizonte de trabajo; nuestro horizonte es el de la justicia. Y aquí es importante darnos cuenta de que cuando hablamos del Estado de Bienestar y de la sociedad del bienestar ese

no es el horizonte en el cual nosotros deberemos trabajar. Probablemente desde el punto de vista político, en los programas políticos hablaremos de sociedad del bienestar o incluso algunos hablarán de Estado del Bienestar. Nuestro horizonte es el horizonte de la justicia social, una justicia con nombre y apellidos, una justicia con rostro, una justicia donde el bien común se convierte en categoría fundamental. El “run run” del bien común es algo propio de nuestra tradición que no nos tiene que avergonzar.

Aquí hay un dogma cultural con el cual creo que habría que romper, y es el hecho de que en los medios de comunicación muchos políticos piensan que el mundo de lo público, el mundo de la vía pública, es el mundo de la razón, el mundo del derecho el de la claridad, mundo de la vida privada el de la fe, y el mundo de la religión el de la magia. En muchos discursos culturales y públicos la religión forma parte de la magia, de la vida privada, de lo irracional, de lo oscurantista. Por lo tanto, en la escuela, en la universidad y en la vida pública no hay que hablar ni de religión, ni de religiones, ni de pluralismo religioso, ni de hecho religioso, porque las escuelas, los espacios públicos educativo son espacios de racionalidad, de luz, de modernidad, y en la vida de las familias, en la vida privada, es donde está la religión, donde está la magia y donde está lo que podríamos llamar “lo premoderno”.

Ese discurso es más habitual de lo que nosotros nos imaginamos, y en las distintas cadenas de televisión, en los distintos medios culturales, nosotros podemos caer en esa trampa, en esa simplificación, en ese error de distinguir y de romper lo que sería vida pública, razón, modernidad, derecho; y vida privada, religión, magia, fuera de lo que sería el sistema y fuera del espacio público educativo. Creo que es importante reconstruir el espacio público en clave de pluralidad, en clave de pluralismo, y darnos cuenta de que esa simplificación moderna, o modernizante, o pseudomoderna o pseudomodernizante, realmente no nos lleva a buen puerto.

En cuarto lugar, cuando nos preguntamos: “¿y por qué no nos unimos los católicos?”, “¿y por qué no organizamos un partido?”, “¿y por qué no pertenecemos juntos a una determinada fuerza política?” ... Bien, yo creo que hoy, si algo caracteriza a la vida de la Iglesia, es la pluralidad de los que estamos en ella. Y es muy difícil que haya lo que antes, lo que en el siglo XIX y principios del XX, se llamaba unidad de acción, para pertenecer dentro de lo que sería un partido o una estructura de partido. Yo creo que eso no significa el no dar la cara, el no estar presentes, el no darnos cuenta de que a nuestros compañeros de partido, a nuestros compañeros de sindicato no les gusta hacerse la foto con los católicos. Hacerse la foto con un católico no vende, a excepción de que venga el papa a España. La Iglesia forma parte de

lo que podríamos llamar el *marketing* político, y nosotros tenemos que ser conscientes de que eso se va a utilizar, se va a instrumentalizar, pero si usted nos va a utilizar para el *marketing* político, dese cuenta que las cuestiones educativas, las cuestiones sociales, las cuestiones jurídicas o culturales tienen que plantearse también en esta clave. Creo que la tarea pendiente de los que estamos en partidos, en sindicatos, en asociaciones, en grupos es el que nuestros compañeros no se avergüencen de quienes estamos militando en lo que sería la causa de la Iglesia, en lo que técnicamente llamaríamos hoy “los hombres de Paco”, por llamarlo de alguna forma: el equipo. Es importante y es clave el denunciar a los políticos, o sindicatos, o compañeros de partido o de sindicato que en realidad desprecian, podríamos decir, las fuentes de nuestra opción, la fuente de nuestra presencia. Porque el hecho de que nosotros seamos conscientes de las fuentes de nuestra presencia o de nuestra opción no quiere decir que ellos no tengan sus propias fuentes, sus propias opciones, y no estén obligados a pensarse si son agnósticos o ateos como Dios manda. En realidad, si nosotros queremos ser católicos como Dios manda en la vida pública, ellos tienen que ser agnósticos, ateos, o de cualquier equipo pero también como Dios manda. Seamos serios a la hora de recuperar las fuentes.

Ya para concluir, cuando hoy hablamos de Doctrina Social de la Iglesia, es importante, o al menos creo que es clave, darnos cuenta de que *la Evangelii gaudium*, la *Laudato si*, y los textos de los últimos pontificados, son textos clave, y en ellos aparece una expresión importante: “Necesitamos trabajar para realizar una nueva síntesis humanista”. La expresión “síntesis humanista” aparece, y creo que hay que desarrollarla y tenerla en cuenta. Hoy, en la *Laudato si*, el papa Francisco entiende esta síntesis humanista recuperando lo que él llama una ecología integral y una antropología integral. Volvemos de nuevo a un concepto clásico de lo que sería el personalismo comunitario y la tradición del personalismo comunitario, donde hablamos del ser humano, hablamos de la persona en su integridad. No solamente como cabeza, no solamente como corazón, sino como alguien que forma parte de una naturaleza que está en peligro, y un horizonte ecológico que hay que reconsiderar. Y aquí es clave, y creo que si hay aquí algún universitario se tiene que sentir aludido: en los textos últimos del papa Francisco hay un imperativo claro y es: “Necesitamos revisar y reconstruir las ciencias sociales”. Cuando criticamos el modelo económico actual, el modelo político actual o el modelo ecológico actual, hay una cuestión que a veces se nos olvida: no podemos seguir con modelos de ciencias sociales absolutamente individualistas, atomizadores.

La economía, el derecho, la política y la sociología se están construyendo en clave atomizadora, en clave fragmentadora. Por lo tanto, a medio y largo plazo hay un imperativo moral fundamental: hay que leer más, hay que estudiar más, hay que ser más serios a la hora de hacer propuestas económicas, y darnos cuenta de que el cambio económico, el cambio político, el cambio cultural, solo nace del estudio, de la reflexión y de que nos tomemos en serio al menos cuatro principios con los cuales el papa Francisco piensa que hay que reconstruir las ciencias sociales. No voy a desarrollarlos, simplemente los voy a enumerar. Si se han leído la *Evangelii gaudium*, aparece: el tiempo es superior al espacio. Eso es clave. En segundo lugar: la unidad debe prevalecer sobre el conflicto. En tercer lugar: la realidad es más importante que la idea. Y en cuarto lugar: el todo es superior a la parte. Esto, que pueden ser máximas *tuiteras* o filosóficas y demás, metodológicamente es más importante de lo que nos imaginamos, porque al construir la economía podemos entender al ser humano como un animal de preferencias, y no como una persona en relación. Entonces no tiene sentido que reconstruyamos el capitalismo, que reconstruyamos la socialdemocracia o reconstruyamos el liberalismo si no vamos a este tipo de principios, que suponen una revisión de la justicia liberal del capitalismo protestante y luterano. Y en este sentido creo que la tarea tiene que ser lenta en esa dirección.

Por último, y con ello ya concluyo, la llamada que el papa Francisco va a hacer dentro de unos días a la misericordia es más importante de lo que nosotros nos imaginamos. Que hoy trabajar por la misericordia y proponer la misericordia mientras estamos en la universidad supone rehacer las ciencias sociales, pensar las ciencias sociales en esta clave, plantearnos el compromiso no en clave activista o en clave espiritualista, sino en una clave de absoluta responsabilidad. Y por si no la han visto, les aconsejo la película *Little boy*, donde la fe está vinculada a la misericordia. Y por eso no tenemos que tener miedo en el Año de la Misericordia que empieza el día 8, a que cuando hablamos de las obras de misericordia, que no son obras teóricas, sino que son cuestiones prácticas que exigen cambiar el mundo, en algún momento a los que estamos aquí se nos llame “los *frikis* de la misericordia”.

Muchas gracias.